

ct

Todas las noches de un día

de
Alberto Conejero

(fragmento)

SILVIA

¿Dónde vas? Samuel, quise decírtelo aquella noche y no pude. Luego no me atreví, no me atreví. Aunque tú me hubieras entendido, Samuel. Tú sabes lo que puede llegar pesar un recuerdo dentro. Nunca me lo dijiste, no hizo falta. Llegaste aquí huyendo de algo. Como yo. Eso nos unió. Lo que nos empujaba sin saber dónde. Los dos sabemos lo que pesa un recuerdo. Por eso estoy aquí. Por eso sigo hablando. Por eso dentro de ti todas las palabras tienen mi voz. Tendría que habértelo dicho: por qué no pude estar contigo, por qué no pude estar con nadie. Aquel hombre, mi prometido, que me hablaba de ríos sin orillas y de pequeños jardines en las ciudades del sur: lo escogí porque se iba. Precisamente porque se iba, porque nunca estaríamos juntos, porque no tendría que amarlo. Un océano quizá bastaba para poder mentirme, para no tener que admitir que jamás podría amar a nadie. Eso lo entendí luego. Quise llenar mi cuerpo de recuerdos para ahogar uno solo, uno antes de llegar aquí, uno solo que me devoró. Qué me importaba en verdad que no volviese. Ya lo sabía. Ese hombre, mi prometido, nunca me quiso. Y yo a él tampoco. Pero me bastaba para estar entretenida. Sí, entretenida, a salvo de aquel recuerdo, de aquella noche cuando mi familia se rompió para siempre. Pero no ha servido. Las sombras pueden desdibujarse, pero no se van. Nunca se van del todo. Eres tú quien debe irse. Eso lo entendí después. No me dejaste explicarte, no me dejaste decirte quién era yo antes de venir aquí, lo que mi familia me / Por eso cuando él me dijo que se había casado, todo volvió a llenarse de oscuridad. Me quitó la mentira que me mantenía a salvo. Por eso lo hice, Samuel. Por eso empecé a irme con todos esos hombres. He llorado en sábanas de hoteles para intentar ahogarlo. He dejado que me escupieran en la boca para intentar olvidar esto que me araña por dentro. Precisamente con cualquiera. Nada que tuviera que ver con el amor. Nada que tuviera que ver con una familia. Nada que tuviera que ver con un abrazo. Y tú... No tengo la culpa. Pensé que te marcharías. Que decidirías salvarte. Pero seguías aquí, mirándome, hermoso, tan hermoso. Y tan ridículo. Yo lo intenté. Creo que eso lo sabes. Lo intenté. Quererte, poder quererte. Pero entonces una y otra vez, una y otra vez, me llenaba de esa oscuridad. Y debería haberte obligado a marcharte, haber dejado que tú al menos te salvaras. Pero siempre tuve la esperanza (qué ridículo, la esperanza, eso me decías) de que un día podría mirarte y estaríamos tú y yo solos, sin ninguna de esas sombras. Pero era imposible. El mundo se había roto mucho antes de llegar a este invernadero, aquella noche cuando / Hay cosas que no se pueden nombrar. El mundo se rompió y yo decidí quedarme aquí, con mi tío. Y luego contigo. Alcé la mano y dije: aquí terminan las horas, aquí terminan las palabras, aquí terminan todas las noches de un día. Yo soy la dueña de mis sombras. ¿Quién puede entender eso? Yo fui. Alcé la mano y dije: este jardín será mi casa. Levanté una alambrada y afuera dejé el tiempo. A veces, cuando sopla el viento, las púas arrancan jirones y quedan allí, arriba, sangrando: rotos de los meses, de las estaciones, de los cumpleaños, de los días en que la luz brillaba. (*Apaga las luces del invernadero. Ella en el claroscuro.*) ¿Por qué esperar, Samuel? Quiero hundir las manos y llenar mis heridas de la tierra limpia. Sola, de pie, con el vientre lleno de raíces, y los ojos abiertos a las constelaciones. ¿Por qué hay siempre que esperar? ¿Por qué una mujer no puede decidir cuándo irse? Pero debes ayudarme.

Oscuro.